

María en llamas

María en llamas representa una anunciación,
el momento del desnacimiento

OLGA AMARÍS DUARTE

La catacumba para María Zambrano conforma un espacio en donde la tiniebla redescubre su vocación última de hacerse luz. La pensadora veleña parece decirnos en oráculo que nadie llega al más puro conocimiento sin haber descendido a la catacumba, sin haber rescatado antes esos granos de trigo que en los misterios de Eleusis salen luego a la superficie. Esta mística del descenso tiene su fuente directa en el *Evangelio de Juan* bajo la fórmula «nadie ha subido al cielo sino sólo aquel que ha bajado del cielo». Descender a las catacumbas de la Fundación María Zambrano obedece a un deseo, cristalizado en gesto, de volver a traer a la luz la vida secreta de esos objetos que alguna vez tuvieron un ama, una nodriza amorosa, y que ahora son parte de ese patrimonio universal de los imprescindibles. Contemplar con el pensamiento y con el sentimiento la vida entrañable de materias que se sacuden el olvido y desvelan sus misterios al resplandor de una mirada atenta que llega a iluminar sus contornos. Los objetos tienen memoria epidérmica y siempre hablan de ese último roce de unas manos, también de aquellas primeras, las creadoras.

Emulando la figura del pescador de perlas de Walter Benjamin o de Aby Warburg, el primer tesoro recuperado de un laberinto subterráneo de Vélez Málaga es el retrato titulado *María en llamas* que el pintor mexicano Juan Soriano pintó para ella en 1954. En la imagen que cobra presencia, que se diafaniza ante nuestra visión, una figura incendiada recuerda el símbolo místico de la mariposa que arde en su propio amor para resurgir

convertida en un lepidóptero de colores intensos y cuyas alas han cobrado la fuerza necesaria para ascender a la cumbre. A retazos llega también la visión de una Hildegarda von Bingen iridiscente derramándose en llamaradas mientras que el monje Volmar la observa preso de curiosidad y bien al resguardo de los incendios de la visionaria. El deseo del observador es siempre ser reconocido. Que el objeto contemplado se dé la vuelta y le devuelva la mirada.

María en llamas nos mira y nos habla de una amistad que empieza en el Café París de la Ciudad de México durante los primeros años del exilio y que se retoma, con mayor ardor, en el exilio romano, en aquella etapa decisiva en torno a 1954 en la que Zambrano publica *El hombre y lo divino*, girando de pleno hacia la razón poética. De ahí, tal vez, la danza giróvaga de la figura retratada. Soriano, a su vez, influenciado por la filósofa española, crea en esa época su obra más original, a la par que originaria, *Apolo y las musas*. De este tiempo en cruz es también el retrato que se encuentra hoy en las catacumbas zambranianas y que formula una respuesta, en similar cadencia, a un artículo de la amiga fechado en ese mismo 1954 y titulado «La aurora de la pintura en Juan Soriano». Aquí, junto a otras «cosas agudas e iluminadoras», en palabras de Octavio Paz, se prende la mecha de un futuro arrebato de colores: «Y al presentarse así, cualquier figura del mundo, humana o no humana, tiene valor de profecía; es una anunciación».

María en llamas representa una anunciación, el momento del desnacimiento. Zambrano dirá que



Soriano es el «pintor de la aurora», un «animal herido por la luz» que pinta amaneceres en los que el primer rayo rosáceo de Venus saca a la luz los cuerpos de la realidad no vistos, por invisibles, por todavía no nacidos. El amanecer es el lugar en donde «las cosas» aparecen, se corporeizan, se incorporan a nuestra mirada, porque, como Zambrano apunta en ese otro artículo de 1956 publicado en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* y titulado «El arte de Juan Soriano»: «Sólo se pueda salvar lo que haya atravesado el fuego de la destrucción; lo que tras de ella renazca, en un alba». Él y ella, los dos espectadores y los dos contemplados, reproducen esa pasión del ser humano por un alba inabarcable.

Las claves hermenéuticas del cuadro se encuentran, no obstante, en una carta que Zambrano desde Roma envía a Soriano el 22 de agosto 1959 y en donde describe un pensamiento en proceso de desciframiento: «Criatura viviente, ánima encendida, chispita de luz, melodía, átomo que danza la gloria del Creador...

Persona... es la etapa ineludible humana. Pero... para trascenderlo, según San Juan de la Cruz diría».

Muy significativo a este respecto es el hecho de que María Zambrano utilice la imagen sanjuanista de la transformación de la crisálida en mariposa, similar a la del madero incendiado o la del ave fénix, para referirse a su trasunto, Antígona, la mujer exiliada y encaminada, de manera simbólica, a Oriente. En «Delirio de Antígona», la mujer de la aurora advierte que su sueño es creador y que, aunque la crean dormida, está tejiendo silenciosa en su interior una nueva naturaleza, un misterio tremendo y fascinante que se desplegará en vuelo.

Zambrano, gran conocedora de la mística cabalística de *merkabá*, se convierte en el cuadro de Soriano en el ángel Metatrón, en una esencia incandescente y luminosa capaz de irradiar la misma luz con la que ha sido incendiada. María, la llama de amor viva de San Juan de la Cruz, el faro del *Zohar* o las hornacillas del *Corán* en las que hay un pábilo encendido como símbolo de quien es ¡Luz sobre Luz!